

# El Papa de la fidelidad



**L**a elección de un Papa polaco, y de un hombre como Wojtyla, ha causado la sorpresa —agradable sorpresa, por supuesto— de los católicos de todo el mundo. Y al mismo tiempo, el miedo de la Curia romana, acostumbrada a gobernar la Iglesia casi siempre desde el prisma italiano, y no desde el punto de vista universal.

Este miedo curial tiene gran fundamento, porque el Papa Juan Pablo II ya no es el hombre un poco enclenque que fue su antecesor, que terminó abrumado por la fuerza viscosa de la paralizante Curia romana. Es un hombre fuerte de cuerpo y alma, que si tiene una característica es la de una doble fidelidad: la fidelidad a su propia convicción meditada durante años de estudio y de práctica pastoral, y también una fidelidad sincera a la apertura que Juan XXIII realizó convocando el Concilio Vaticano II.

Por eso su primer discurso fue el discurso de la fidelidad a los principios nucleares del cristianismo, tal como se encuentran en el Evangelio, sin glosas ni atenuaciones humanas, y a la interpretación abierta que del mismo dieron los 2.500 obispos reunidos en el Concilio Vaticano II, que todavía está por estrenar, como le pasó a gran parte de nuestros propósitos políticos democráticos.

No se trata de cumplir la letra del Vaticano II de un modo cicatero y contra lo que en este Concilio se abrió, sino "entrar en sintonía con el Concilio", para hacerlo explícito "a la luz de las posteriores experiencias y en relación con las exigencias que surgen con las nuevas circunstancias". Ese es el mensaje del nuevo Papa, que no puede ser desvirtuado por los que llamó Juan XXIII "agoreros de calamidades", que en seguida aparecerán.

Quiere centrarse Juan Pablo II en la concepción conciliar de la Iglesia como "pueblo de Dios". Idea que ha sido desleída hasta quedar en nada, dentro de los ambientes eclesiológicos romanos, y que —por contraposición— gran parte de la masa cristiana ha perdido un concepto coherente de pueblo, encontrándose en una situación de disgregación.

No parece que el Papa Wojtyla pueda ser un conservador cuando la fidelidad que pide es a la apertura del Concilio, y no a la rigidez de los celosos defensores de una ortodoxia anticuada, que se afianza en los conceptos absolutistas que predominaron en la Iglesia católica durante el siglo XIX. Probablemente el peor siglo de la Iglesia, como lo demuestra el confuso,

parcial y desacertado documento llamado "Syllabus".

No quiere una Iglesia rígida y estática, sino que se produzca el "adecuado desarrollo de organismos, en parte nuevos y en parte puestos al día", en los cuales predominen "las iniciativas".

También se dirige "a todos los hombres". Pero quiere superar —como dijo valientemente en el Concilio— todo "acaparamiento" y todo espíritu paternalista "moralizante". Pretende que el católico —y él como modelo y ejemplo de creyentes— se acerque al mundo para "amarlo y servirlo", haciendo todo esto "sin presunción", porque todos somos ciudadanos hermanos de una sociedad mundial para la cual no tenemos privilegiadas recetas los que poseemos la fe, sino el afán de colaborar, sin discriminaciones de ningún género, con todo hombre de buena voluntad para conseguir una contribución efectiva a las causas permanentes y prevalentes de la paz, y al desarrollo de la justicia internacional". Desde el primer momento habla que sentar, como ha hecho el nuevo Papa, que a la Iglesia como institución no le mueve "ninguna intención de interferencia política ni de participación de gestión en los asuntos temporales". Su trabajo es más modesto, pero muy importante hoy: "la consolidación de las bases espirituales para apoyar la constitución de una sociedad humana". Por eso está dispuesto el nuevo Papa a tender una mano eficaz "a cuantos son oprimidos por cualquier injusticia y discriminación económica, política, social o religiosa".

Buen programa y buena actitud de este convencido que, por serlo, es un hombre tolerante en la práctica. La intolerancia es característica de aquellos que en el fuero íntimo de su conciencia no están muy seguros de sus afirmaciones, y quieren compensar esa inseguridad con una actitud exterior rígida.

Carácter, inteligencia, cultura y realismo son las cuatro características de este nuevo Papa. Un Papa que ya no es italiano, después de cuatro siglos de dominación latina; que ya no es viejo, como solía ocurrir hasta ahora en los que accedían al solio pontificio; que no pertenece a la Curia, y está en las antipodas de sus manobras burocráticas, y —por último— un hombre que ha convivido en un ambiente muy distinto del que conoce la burguesía occidental cansada, artificiosa y egotista.

Además es un hombre de praxis: de pensamiento y acción siempre compenetradas, de estudio reflexivo y de actividad

práctica, de convicción doctrinal y de comprensión pastoral. ¿Por qué? Sin duda porque no se dejó llevar por los caminos trillados de una filosofía de tercera o cuarta categoría, como la que se usaba en los seminarios hasta hace poco; ni por la teología al uso, que representaba un pensamiento desencarnado y formalista sin vida. Su tesis doctoral la hizo sobre nuestro gran místico y pensador San Juan de la Cruz. Y estudió en ella los mecanismos del "acto de fe" a través de una lectura directa de estos místicos nuestros del siglo XVI, que han supuesto un hito decisivo en el pensamiento religioso de los hombres.

Sin perder el contacto con la mejor tradición filosófica del Medioevo, no se anquilosó identificando aquel pensamiento con la "filosofía perenne", sino que supo acudir a las fuentes de la reflexión filosófica contemporánea partiendo de aquel gran pensador religioso que fue el discutido y cambiante Max Scheler, y después a la corriente fenomenológica, incidiendo más tarde en un personalismo profundo.

Toda esta confluencia de pensamientos actuales, meditados con calma y serenidad, y ahondados con profundidad, le sirvieron para escribir los dos libros más significativos que salieron de su pluma: "Amor y responsabilidad" y "Persona y acto".

En el primero, el que conocen algunos españoles, porque fue traducido al castellano hace unos años, aunque con poco éxito de venta, es un libro digno de meditación, porque plantea el amor humano en su dimensión social e individual, como expansión hacia los demás y como desarrollo personal, aunando estas dos características, que fueron tan olvidadas en el pensamiento tradicional de la filosofía escolástica y en la legislación de la Iglesia, plasmada resumidamente en el Código de Derecho Canónico.

Habría que decir también algo más que una palabra sobre su actitud respecto al marxismo. Baste por hoy decir que es un buen conocedor de los textos de Marx y de Lenin, y que —como es natural— tiene una gran experiencia de la vida en ambiente comunista, con el cual ha tenido sus enfrentamientos, sus diálogos y sus cooperaciones. ■